

## MARIE BASHKIRTSEFF

por Anatole France

Marie Bashkirtseff, de la que se acaba de publicar su *Diario*, murió a los veinticuatro años, el 31 de octubre de 1884, dejando varias telas y algunos pasteles que ponen de manifiesto un sincero sentimiento por la naturaleza y un amor ardiente por el arte. Nieta de uno de los defensores de Sebastopol, el general Paul Grégorievitch Bashkirtseff, se enorgullecía de tener antigua sangre tártara en las venas por parte de madre. De tez blanca, sus cabellos eran de un pelirrojo magnífico, los pómulos salientes, la nariz corta, una mirada profunda y unos labios infantiles. Era bajita y perfectamente proporcionada. Es por ello sin duda por lo que le gustaba mucho mirar las estatuas. En Roma, a los dieciséis años, pasaba largas horas ante los mármoles del museo del Capitolio. No es de extrañar que estuviese radiante con una falda larga de amazona «de paño negro, hecha de una sola pieza por el modista Laferrière...y un vestido de princesa ceñido por todas partes». Sus manos, finas y muy blancas, no eran de una forma muy pura; pero un pintor dijo que era muy hermoso el modo que tenían de posarse sobre las cosas. María Bashkirtseff tenía en ella el culto. Era consciente de que era bonita; sin embargo se describe bastante poco en su diario personal. Solamente he anotado, con fecha de 17 de julio de 1874 el siguiente retrato, muy bellamente descrito: «Mis cabellos, anudados a lo Psyché, son más pelirrojos que nunca. Un vestido de lana de ese blanco particular, favorecedor y gracioso; una pañoleta de encajes alrededor del cuello. Tengo el aspecto de uno de esos retratos del primer Imperio; para completar el cuadro, me bastaría estar bajo un árbol y sostener un libro en la mano.» Y añade que le gusta la soledad ante un espejo.

Estaba más orgullosa de su voz que de su belleza. Esa voz alcanzaba tres octavas menos dos notas. Uno de los primeros sueños de Marie Bashkirtseff fue convertirse en una gran cantante.

Quiso mostrarse en su *Diario* tal como era, con sus virtudes y defectos, su movilidad constante y sus perpetuas contradicciones. El Sr. Edmond de Goncourt, en la época en la que estaba escribiendo la historia de Chérie, solicitaba confidencias y confesiones a las muchachas jóvenes y a las mujeres. Marie Bashkirtseff hizo las suyas. Ella dijo todo, si hay que creer en ello; pero no estaba de humor para dirigirse a un solo confesor, por distinguido que éste fuese; su vanidad no podía conformarse con una simple confesión pública, y abrió su alma al mundo.

¿Quién no se compadecería y no simpatizaría con esta pobre niña cuya desgracia fue no haber tenido infancia? Sin duda no es culpa de nadie, pero Marie Bashkirtseff jamás fue parecida a aquellos que el Dios al que rezaba todos los días designaba como a los únicos dignos de entrar en el reino de los cielos. Jamás conoció la inefable dulzura de ser humilde y modesta. A los quince años ya tuvo alas sin el recuerdo del nido. De lo que siempre careció fue del júbilo inocente y de la sencillez.

Las primeras confidencias que nos hace son las de una pequeña intriga que ella sitúa durante el carnaval en Roma, y que no tuvo otro desenlace que un beso en los ojos. La muchacha despliega ahí mucha coquetería y dominio.

« – Usted no me ama, suspiró un día el joven sobrino del cardenal al que ella había tomado por *patito*; ¡por desgracia, usted no me ama!

» – No.

» – ¿Debo esperar?

» – ¡Dios mío, sí! Siempre hay que esperar. La esperanza está en la naturaleza del hombre; pero, en cuanto a mí, no os la concederé. »

El sobrino del sacerdote se mostraba muy cariñoso, pero Marie Bashkirtseff no se deja conmovir. «Sería el colmo de la alegría si le creyese, dijo ella; pero dudo, a pesar de su aspecto sincero, amable, incluso ingenuo. *He aquí lo que es ser una canalla.*»

Y añade:

«Además, más vale eso.»

No tenía las menores ganas de casarse con el pobre Pietro.

«Si yo fuese su esposa, pensaba, las riquezas, las villas, los museos de los Ruspoli, de los Doria, de los Torlonia, de los Borghèse, de los Chiara me abrumarían. Soy ambiciosa y vanidosa por encima de todo. ¡Y decir que se ama a semejante criatura, porque no se la conoce! Si se conociese a esa criatura... ¡Ah! ¡Basta! se le podría amar de todos modos. » Mostrarse, aparecer, brillar, ese era su sueño perpetuo. El orgullo la devora. Repite sin cesar: «¡Si fuese reina!» Exclama, paseando por Roma: « ¡Quiero ser César, Augusto, Marco Aurelio, Nerón, Caracalla, el diablo, el papa! » No encuentra belleza más que en los príncipes, en el duque de H..., en el gran duque Wladimir, en don Carlos. Los demás no merecen ni una mirada.

Las ideas más incoherentes se mezclan en su cabeza... Es un extraño caos. Es muy piadosa; reza a Dios por las mañanas y las noches; le pide un duque por marido, una hermosa voz y ruega por la salud de su madre. Como el Claudio de Shakespeare, exclama: «Nada hay más espantoso que no poder rezar.» Manifiesta una especial devoción por la santa Virgen: práctica la religión ortodoxa y lee el futuro en un espejo roto, donde descubre una multitud de figuritas, un suelo de iglesia en mármol blanco y negro, y tal vez un ataúd. Consulta al sonámbulo Alexis, que ve en su sueño al cardenal Antonelli; por un luís, se hace decir la buenaventura por la tía Jacob. Tiene todo tipo de supersticiones: está persuadida de que el papa Pio IX tiene mal de ojo. Teme una desgracia porque ha visto la luna nueva con el ojo izquierdo. Sus ideas cambian en todo momento. En Nápoles, de repente, se pregunta cómo un alma inmortal puede plegarse ante una indigestión de bogavante. No concibe que una enfermedad del estómago pueda hacer esfumarse a la celeste Psyché, concluyendo de ello que no hay alma, que se trata de « una pura invención ». Algunos días más tarde, se pone un rosario en el cuello, para parecerse a Beatriz, dice ella, y también porque « Dios, en su sencilla grandeza, no basta. Necesita mirar imágenes y cruces que besar ». Es coqueta, está loca; pero esa cabeza de chorlito está amueblada como la de un viejo bibliotecario. A los diecisiete años, Marie Bashkirtseff ya ha leído a Aristóteles, Platón, Dante y Shakespeare. Los relatos de la historia de Roma de Amédée Thierry la cautivan. Recuerda con placer « una interesante obra sobre Confucio». Se sabe de memoria a Horacio, Tibulle y las sentencias de Publius Syrus. Es profundamente sensible a la poesía de Homero. « Nadie puede, me parece, escapar a esta adoración por los antiguos... Ningún drama moderno, ninguna novela, ninguna comedia efectista de Dumas o de George Sand me han dejado un recuerdo tan claro y una impresión tan profunda y tan natural como la descripción de la toma de Troya. Me parece haber asistido a esos horrores, haber oído los gritos, visto el incendio, estado con la familia de Príamo, con esos desdichados que se ocultaban detrás de los altares de sus dioses, donde las siniestras luces del fuego que devoraba su ciudad iban a buscarlos y a liberarlos... ¿Y quién puede sustraerse a un ligero estremecimiento leyendo la aparición del fantasma de Créuse?» Su espíritu es un almacén donde se guardan en desorden la *Corinne* de madame de Staël, *l'Homme-Femme* de Alexandre Dumas hijo, *Roland furieux*, las novelas de Zola y las de George Sand. Viaja sin cesar yendo de Niza a Roma, de Roma a París, de París a San Petersburgo, a Viena y a Berlín. Sin cesar errante, se aburre sin cesar. Su vida le parece amarga y vacía. « En este mundo, dice, todo lo que no es triste es tonto, y todo lo que no es tonto es triste.» Le falta de todo porque lo quiere todo. Se encuentra en un espantoso

desamparo y profiere gritos de angustia. Y sin embargo ama la vida. «Me parece buena, dice. ¿Podrá creerse? Encuentro todo bueno y agradable, incluso las lágrimas, incluso el dolor. Me gusta llorar, me gusta desesperarme. Me gusta estar afligida y triste... y a pesar de todo me gusta la vida. Quiero vivir. Sería cruel morirme cuando estoy tan encantada.» En determinados momentos, tiene la oscura y terrible consciencia del mal que incuba. Desde la primavera de 1876, se siente afectada. « Antes, escribe el día 3 de junio, al salir de mi cuarto de baño, me he asustado supersticiosamente. He visto a mi lado a una mujer vestida con un traje largo blanco, una luz en la mano, y mirando, con la cabeza un poco inclinada y quejumbrosa, como esos fantasmas de las leyendas alemanas. Tranquilízate, no era más que mi reflejo en un espejo. ¡Oh! tengo miedo de que un mal físico no sea el origen de todas estas torturas morales.»

En 1877, una única pasión se apodera de esta alma en pena: Marie Bashkirtseff se dedica por completo a la pintura. Por fin recoge los tesoros esparcidos de su inteligencia. Todos sus sueños de gloria de fundirán en uno solo y ella no vive más que para convertirse en una gran artista. Estudia con ardor en la academia de Julian, de la que pronto es una de las mejores alumnas. Esta fue, por así decirlo, una de esas conversiones súbitas de las que tantos ejemplos ofrecen las vidas de los santos y que revelan una naturaleza sincera, excesiva, inestable. Desde entonces, los príncipes ya no significaron nada. Se hizo republicana, socialista e incluso un poco revolucionaria. No se volvió a poner las largas faldas de amazona de Laferrière y llevó alegremente el negro mandil de los artistas. Descubrió la belleza de los miserables. Era una criatura nueva. Al cabo de seis meses, estaba en cabeza de la clase con la señorita Breslau. Hizo una descripción de su rival que, sin duda, no es halagadora: « ¡Breslau es flaca, retorcida, rabiosa, aunque con una cabeza interesante, nada simpática, hombruna y sola! » Ella se vanagloria de que si tuviese el talento de la señorita Breslau, se serviría de él de un modo más femenino. Entonces sería única en París. Esperando, trabaja encarnizadamente. El 21 de enero de 1882 fue cuando vio por primera vez a Bastien Lepage, cuya pintura admiraba e imitaba. « Es bajito, dice ella, muy rubio, con los cabellos peinados a la bretona, la nariz respingona y tiene una barba de adolescente. » Él ya estaba golpeado por la enfermedad de la que pronto debería de morir. Ella misma se sentía profundamente afectada. Desde hacía dos años, tenía unos accesos de tos desgarradora. Adelgazaba. Se volvía sorda. Esa minusvalía la desesperaba. « ¿Por qué?; decía ella; ¿por qué Dios hace sufrir? Si fue él quien creó el mundo, ¿por qué ha creado el daño, el sufrimiento, la maldad?... Nunca curaré... Habrá un velo entre yo y el resto del mundo. El viento en las ramas, el murmullo del agua, la lluvia que cae sobre los cristales, las palabras pronunciadas en voz baja... ¡ya no escucharé nada de todo eso!» Pronto sabe que es tuberculosa y que el pulmón derecho está afectado. Exclama: «¡Que se me permitan vivir todavía diez años más, y durante esos diez años, gloria y amor! y moriré contenta a los treinta años. Si hubiese con quién negociar, haría un contrato: – Morir pasados los treinta años, habiendo vivido.»

La tisis sigue su curso fatal. Marie Bashkirtseff escribe, el 29 de agosto de 1883:

«Toso a todas horas, a pesar del calor; y, esta tarde, durante el descanso del modelo, habiéndome medio dormido sobre el diván, me he *visto* tumbada y un gran cirio iluminado a mi lado...

» ¿Morir? Me produce mucho miedo.»

Ahora que la vida se le escapa, la ama perdidamente. Artes, música, pintura, libros, sociedad, vestidos, lujo, ruido, calma, risa, tristeza, melancolía, amor, frío, sol, todas las estaciones, las tranquilas llanuras de Rusia y las montañas de Nápoles, la nieve, la lluvia, la primavera y sus locuras, las tranquilas jornadas de verano y las hermosas noches estrelladas. ¡Adora y admira todo! Y hay que morir. «Morir, es una palabra que

se dice y que se escribe fácilmente, ¿pero pensar, *creer* que uno va a morir pronto? ¿Es lo que creo? No, pero lo *temo*.»

Y algunos días más tarde, apartando esas obstinadas ideas de sentarse en la primera fila de los tísicos, ve la muerte de una forma distinta:

« ¡He aquí pues el fin de todas nuestras miserias! Tantas aspiraciones, tantos deseos, proyectos, tanto de... para morir a los veinticuatro años en el umbral de todo.»

Mientras se moría, Bastien Lepage, moribundo, se hacía conducir casi a diario al domicilio de ella. El diario se detiene el lunes 20 de octubre. Ese día Bastien Lepage todavía había ido, ayudado por su hermano, a la cabecera de la enferma. Marie Bashkirtseff se apagó once días después, « en un día brumoso, dice André Theuriet, semejante al que ella había pintado en uno de sus últimos cuadros, *l'Allée*.»

Siempre es un espectáculo impactante cuando la naturaleza, mediante un terrible atajo, nos muestra uno tras otro el amor y la muerte; pero hay en la vida tan corta de Marie Bashkirtseff no sé qué de agrio y de desesperado que encoge el corazón. Leyendo su *Diario*, uno piensa que debió morir sin paz y que su sombra todavía camina errante por alguna parte, cargada de pesados deseos.

Pensando en las agitaciones de esa alma alterada, siguiendo esa vida arrancada de cuajo y arrojada a todos los vientos de Europa, yo murmuro con el fervor de una oración este verso de Sainte-Beuve:

¡Nacer, vivir y morir en la misma casa!

Capítulo extraído del libro *La Vie Littéraire* de Antole France. Calmann Lévy editores. Paris (fecha sin precisar)

Traducción de José M. Ramos González, para  
<http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>